

## SENTIMIENTOS DE PERRO

Existen personas de todo tipo: hay algunos que hablan mucho, y otros son más callados; los hay que ríen a carcajada limpia y otros que lloran en silencio, o se ríen sólo por dentro; hay personas que gesticulan y se abren con facilidad, y otras más tímidas que no muestran tanto sus sentimientos, a las que es más difícil llegar. Hay humanos cariñosos y cercanos, y otros que prefieren relacionarse de manera más distante, pero no menos afectiva; los hay grandes, pequeños, delgados, regordetes, blancos, negros, mestizos... y todos sienten y padecen, todos están vivos y son capaces de comunicarse.

Ahora quiero detenerme un momento, y reflexionar sobre esto. Quiero cambiar las palabras “personas” y “humanos” por la palabra PERRO. ¿Hay algo de eso que pueda decirse de nosotros pero no de ellos? Creo que no. Hay perros expresivos y juguetones, y perros más tranquilos, están los que buscan mimos y amor todo el tiempo y los que son más independientes... pero todos a su manera particular e inimitable se relacionan con nosotros como el ser vivo más cercano a nuestros hábitos y nuestras costumbres a lo largo de los años. Es un ser que ha crecido y evolucionado con nosotros, y que aunque muchos no lo crean o lo sepan... sabe entendernos mejor que muchos de nuestra misma especie.

Creo firmemente que hay algo que nos hace a todos iguales: hombres, bestias, animales, bípedos, cuadrúpedos, homínidos... a todos. Yo a ese algo lo llamo BONDAD. Pero yo no entiendo la bondad como el simple concepto de “bueno”, que todos conocemos; no, para mí es algo más. Para mí la bondad no es sólo una cualidad, sino que tiene también parte de sentimiento y de forma de vida; creo que la auténtica BONDAD reside en hacer aquello que es más afín a nosotros, que nos realiza y nos reafirma absolutamente como seres vivientes, aquello que nos identifica. La BONDAD puede ser escribir, estudiar, ser médico, filólogo, ingeniero, dibujar, cantar, componer... ladrar, correr, jugar, bostezar, lamer, saltar, morder...

Por lo tanto, hay infinitas formas de BONDAD, y todas nos acercan a la esencia de la vida que todos compartimos: un corazón que late, un cerebro que regula y ordena, unos pulmones que respiran, unas extremidades que caminan y que nos llevan allí donde ponemos nuestras miras. Todo esto nos hace iguales, tengamos las metas que tengamos y sea nuestra función más grande o más modesta en el esquema de la vida que nace y muere en este planeta.

Sin embargo, hay algo sólo nuestro: la MALDAD. Eso nos diferencia de todos los demás. Y para mí, hay dos clases de mal. Está esa maldad humilde y tal vez poco ambiciosa que practican los tontos, la maldad como pequeños actos egoístas y ligeros sin demasiada trascendencia... pero igualmente maldad. Y luego está la peor de las dos, porque la crueldad y la malicia sólo la practican, por desgracia, los más inteligentes; es ese modo de tortura que sólo nosotros somos capaces de reproducir y que me hace estremecer cada vez que lo pienso. Esa maldad consciente que puede latir en lo más profundo de nosotros y que no hemos conseguido eliminar, tal vez porque forma parte de la maldición de la inteligencia y el poder que tenemos sobre las demás criaturas con las que compartimos el mundo.

Los animales no son malos. Hay perros traviosos, revoltosos, excitables, difíciles de controlar... pero no existe malicia en sus actos. Un perro destroza pero no se ensaña, un perro muerde pero no para causar dolor, sino defendiendo u obedeciendo a quien le manda. Y lo mejor de todo es que lo hacen por amor. Ese amor infinito e inexplicable,

inconmensurable y que se justifica en sí mismo. Es ese amor de los perros que es intemporal, porque ellos no son conscientes de que la vida tiene una fecha de caducidad, y de que en algún momento no podrán seguir amando, porque ya no estarán aquí. O tal vez si puedan... no lo sé.

Y aquí estoy, pensando en estas cosas mientras lloro en el suelo de mi cuarto. ¿Por qué lloro? Porque no estás. ¿Con quién lloro? No, no estoy sola, Unkas está conmigo. ¿Quién es Unkas? ... no puedo responder que es sólo un perro, porque esa no es la verdad.

Unkas es un amigo, un leal compañero. ¿Quién no ha dicho eso de su perro? Es un psicólogo, una manta térmica, una almohada antiestrés. Es una mirada interrogante pero comprensiva cuando me ve llorar, porque este perro sabe cuándo río y cuándo lloro, y no sé cómo sabe qué hacer en cada caso.

Cuando me mira, sus pupilas se dilatan; dicen que eso pasa cuando te gusta lo que ves, o cuando estamos enamorados. Quien no lo haya sentido nunca no sabrá de lo que hablo, pero quien lo sabe no necesita que se lo explique, porque es algo que sólo entiendes si te ha pasado. Estoy hablando de un sentimiento muy difícil de explicar pero tremendamente fácil de entender. Como muchas otras cosas de la vida, ¿verdad?

Unkas me sigue por toda la casa, me da la bienvenida cuando llego y me despide cuando me voy. Me espera despierto cuando llego tarde, y duerme cuando yo duermo en mi habitación; y si tengo un examen, se queda a mis pies, y me desea suerte con la mirada al marcharme por la puerta. Y cuando río, salta y ladra y me pide que salgamos a correr para celebrarlo. Cuando lloro, me mira y es el único que sabe decir mejor que nadie, sin ser capaz de hablar, que todo saldrá bien. Supongo que no sabe cómo, pero lo sabe. Me dice que SIEMPRE estará conmigo, y es el único que lo dice de verdad, porque sé que estará conmigo hasta el día de su muerte, aunque él no pueda ni imaginarlo.

Tiemblo al pensar que va a llegar el día en que Unkas no vuelva a saludarme, es desgarrador, inenarrable. Él no es como los otros... y además, es el único que aún te recuerda. Es el único que me sigue acompañando cuando vuelvo a llorar, el único que sabe tan bien como yo que tú ya no estás... lo que no sabe es que no vas a volver.

Hoy, te has subido a mi coche; hemos hablado, discutido, reído y dicho adiós. No sé hasta cuándo, no sé si para siempre o hasta mañana. Lo que sé es que ya no estás conmigo, que ya no vienes a casa, que mis perros no se vuelven locos cuando te ven aparecer. Que no juegas con ellos.

Al llegar a casa, Unkas ha venido corriendo, como siempre; he abierto la puerta del coche y le he dicho "hola", igual que le diría a mi hermano... pero nadie me había preparado nunca para lo que iba a pasar tan sólo un segundo después.

Frenético y yo sin entender por qué, Unkas se ha puesto a olisquear. Se ha olvidado de mí, y ha pasado por debajo de mis piernas para entrar en el coche. Nunca antes había hecho nada así, y no he entendido por qué... hasta que he visto lo que estaba haciendo. Te olía a ti, que habías estado ahí sentado unos minutos antes; te estaba buscando, y su ansiedad era por no encontrarte. Casi me pongo a llorar. El perro se ha sentado, igual que si fuera una persona, en el asiento que había a mi lado, y después, simplemente me ha mirado. Ha sido una mirada para la que no estaba preparada... preguntaba dónde estabas. Y me ha llorado,

indignado, por no encontrarte. Unkas sabía que habías estado ahí. Lo que no sabía era por qué ya no estabas, o por qué ya no vienes a verlo. Tal vez pensando que aparecerías de un momento a otro, se ha quedado ahí. Durante unos largos e intensos minutos me he quedado ahí, reflexionando y pensando qué podía decirle... ¡a un perro! ¿Cómo iba a darle yo explicaciones a un animal?

Y cuando por fin me he bajado del coche, él no quería venir conmigo. Se quedaba ahí sentado gimiendo y gruñendo, exigiendo verte aparecer. Por increíble que suene, mi perro te echa de menos y exige que vuelvas... y no sé cómo hacerle entender que tal vez eso no pase nunca.

¿Cuánto pueden durar los pensamientos de un perro? ¿Tienen inquietudes? No lo sé, pero Unkas finalmente ha bajado del coche conmigo... y si esto se puede decir, diré que no ha preguntado más por ti en toda la tarde. Ahora estamos solos, y acabo de hablar contigo; hemos discutido. Estoy llorando, no lo entiendo. Las cosas son así... y Unkas viene a mi regazo como cuando era un cachorro, creo que sigue sin entender que no cabe ya en el hueco de mis piernas.

Y mientras lo abrazo, me enfurezco. Recuerdo que él te quiere y siento que yo también... y me duele en lo más hondo, despierta en mí la impotencia de entender que lo que yo siento no lo puede sentir nadie más. Estas peleas Unkas no las entiende, él no sabe todo el daño que nos hemos hecho y para él lo único cierto es que ya no nos ve juntos y que te echa en falta. Le dan igual las cosas que hemos dicho o pensado, si hemos gritado o si no nos hablamos. Para él las cosas son sencillas y todo eso no existe, porque él sólo entiende el amor: el amor que nos tiene y el que le une a todo lo demás. Unkas sólo entiende la Bondad.

Pensar en eso me calma. Suspiro, y él me mira; aspiro a sentir igual que él, sólo lo bueno. El amor viene y va, algunos amigos se marchan, otros llenan los huecos de tu vida. Te hacen daño y te recuperas con el tiempo. Sus pupilas vuelven a dilatarse. Creo que nunca supe lo que era querer de manera desmedida y gratuita hasta que le tuve entre mis brazos... y me pregunto, ¿cómo besan los perros? ¿Qué manera secreta y perfecta tienen de abrazar? ¿Es, como dicen los niños, con los lametones que tan fácilmente dan? No lo creo, las personas no besamos cualquiera, e imagino que los perros tampoco. Supongo que los besos de perro serán algo especial, y tal vez Unkas me haya dado muchos y yo no lo sepa. Cómo le envidio... siempre alegre, siempre amando, siempre bueno. Me encantaría desentrañar sus sentimientos para poder entender esa manera de querer que tienen todos los perros, ese amor sin rencor, que tal vez es la clave para que nosotros seamos todos mejores, como los perros. Lo cual me recuerda algo que leí hace tiempo...

*"Se trata de un perro, ni más ni menos, aunque posee un tamaño muy superior al de otros de su raza y un pelo muy tupido, y no puedo permanecer mucho tiempo alejado de él. Pasé un par de horas jugando con él en el jardín, revolcándonos por el suelo, contándole las últimas novedades. Pensé en llevármelo a ver a Dora. Su rostro oscuro y alargado, semejante al de un lobo y aparentemente malvado, expresaba, como de costumbre, una gran bondad y paciencia. **Es una lástima que Dios no nos haya hecho a todos perros**".*

Lestat de Lioncourt.

A día de hoy no he encontrado una forma mejor de describirlo, ni siquiera intentando desentrañar los sentimientos de un perro.